

en unos cuantos segundos. Comenzó el diluvio de abrazos, gritos, besos y recomendaciones. Mi hermano prometió escribirme estirándome la oreja, según cariñosa costumbre. Me pareció que a pesar de su atolondramiento, iba feliz.

La negra chimenea de la locomotora resoplaba enormes bocanadas de humo al cielo, y se me figuraba que hacía mover las caderas de sus carros, como mujer provocativa.

La serpiente de acero se fue alejando por los vericuetos de la serranía, dejándonos un vacío en el corazón. Extáticos contemplamos su total huida.

X

Aquel año no regresaría a la ciudad con mis tías y por lo mismo suspendería mis estudios. El tío Pedro, celoso de la economía doméstica y haciendo cálculos de lo que costaría la estancia de Enrique en el extranjero, quiso me quedara en el pueblo para sustituir en la parte que a mí pudiera corresponderme, el lugar del ausente. Entre los tres hermanos varones restantes nos repartiríamos el trabajo.

Mi primera ocupación por las mañanas era darle de beber agua a los marranos. Las manos no acostumbradas a trabajos violentos se ampollaban al estirar la cuerda de la noria. Eran diez cubetazos diarios. Diez viajes del balde al recipiente y diez vueltas a los "chiqueros" de aquellos cerdos glotones. Después de tan tremenda tarea viraba mis pies rápidamente hacia la mesa del almuerzo.

El tío Pedro algunas veces me ordenaba que saliera con él por las mañanas, yendo medroso a su lado a las más cercanas haciendas. Imposible de olvidar aquella ocasión en la cual me obligó a punta de chicotazos a subirme a un caballo bronco. Más tardé en posar mis sentaderas en aquella bestia salvaje, que en sentirme elevado por los aires para caer violentamente de bruces en la tierra impregnada de estiércol y pastura.

Las carcajadas de los vaqueros eran para mí como un himno a la burla. Y otra vez la demanda imperiosa de mi tío instándome a trepar nuevamente al bruto para que "me hiciera hombre". Y de nuevo, vuelta de narices por tierra causándome escoriaciones en la cara y en los brazos. Fueron inútiles mis lágrimas de niño para conmover a aquel sádico. Otra vez al caballo y por gracia de Dios, la última. Caí rebotando como un muñeco en las puertas del corral, perdiendo el conocimiento.

Cuando desperté, una mujer de la hacienda que visitábamos, con ternura maternal atendía mi cabeza ensangrentada. Volví a cerrar los ojos al respirar el aroma de un bálsamo reconfortante parecido al alcanfor. Mis oídos registraron "cuchicheos" extraños dentro del jacal y mis ojos contemplaron una escena insólita. El tío Pedro acariciaba confiadamente las amplias posaderas de la mujer, propinándole besos sonoros en la boca. Al percatarse de que lo estaba mirando, la apartó bruscamente y me dijo: "¿te sientes mejor? A ti te falta mucho para que seas machito. Levántate y vámonos". Le obedecí maquinalmente y me encaminé hacia los caballos. Todavía escuché que detrás de la puerta seguían los besos "tronados" de despedida y luego surgió la figura del tío calándose el sombrero tejano de palma. La mano que me curó, abanicó el aire diciéndonos adiós.

En el camino de regreso el tío venía taciturno. No despegó los labios hasta que estuvimos a un paso de los umbrales de la finca. Sólo musitó estas palabras: "sea hombrecito y mucho cuidado de ir a la tía con cosas".

Intuí que a pesar de todo, aquel gigante despiadado temía a la tía Virgen.

XI

Una tarde que acompañé a mi padre al "tendajo" propiedad del tío Pedro, recibí primero que nadie una grata sorpresa: carta de Enrique.

Inesperadamente llegó al comercio el anciano cartero del pueblo, Don Jesusito, preguntando con su voz aflautada si yo estaba presente. Al saltar por encima del mostrador, encarándome, el viejo sacó de su maltrecha maleta un sobre que me entregó de inmediato. “¡Papá, papá, carta de Enrique, carta de Enrique!”, grité a todo pulmón. Mi padre, emocionado, dejó de atender a una señora moviendo contra su costumbre desafortadamente los brazos, derribando la gran botella de aceite de linaza que fue a chorrear sobre el depósito de azúcar. “Léeme la carta, pronto, qué dice, cómo está, cuándo viene”. Con mucha parsimonia y presunción —puesto que sabía leer— ante los presentes, ya que ninguno se movió, comencé a dar lectura a la misiva que me enviaba mi hermano.

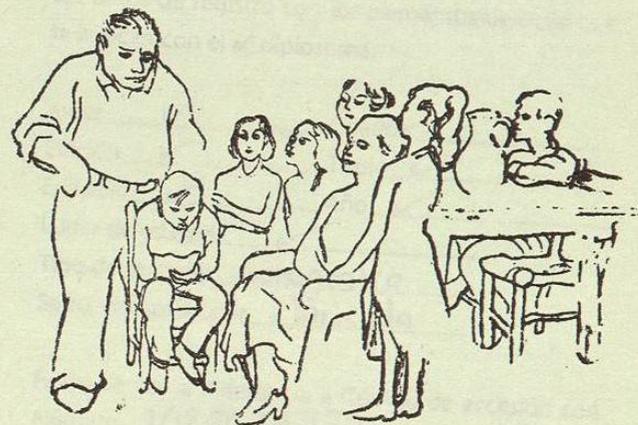
Cerramos la tienda antes de la hora, pues mi padre ansiaba que todos en la casa, especialmente mi madre, se enteraran del contenido que aquel papel misteriosamente —para él— guardaba. El pobre tropezaba en el camino con sus enfermas piernas temblorosas, lamentándose profundamente de no haber tenido oportunidad de aprender a leer. “Pero tú y Enrique sí saben y tienen que ayudar a sus hermanos a ilustrarse”. Con eso se consolaba el bondadoso ignorante.

En nuestra prisa por llegar, no vimos el humo de la fogata del asado instalado afuera de la cocina, señal inequívoca de que ya se encontraba de regreso el tío Pedro, preparando personalmente algunos pedazos de carne de res para la cena.

Nos salió al paso e interpeló a mi padre sobre el motivo de tan prematuro regreso de sus obligaciones. “Carta de Enrique”, replicó papá alegremente. ¿“Y por qué desgraciados cierras el negocio”? Mi padre no contestó penetrando a la casa por la cocina a la vez que agitaba en su mano el sobre violado.

De inmediato hubo reunión de familia, esperando todos con impaciencia que “su majestad”, el tío, se dignara presidir el acontecimiento.

Entró “bufando” con su cara excitada por el coraje. ¿Por qué “diantres” no se dirige a mí? La respuesta no se



hizo esperar mucho. Fue pronta y seca. La garganta bronca de la tía Virgen, barboteó: "Porque tú no sabes leer, animal, apenas si sabes contar". La mecha se encendió y empezó la trifulca con insultos gruesos.

La tía Virgen pocas veces "echaba su cuarto a espadas" y cuando esto sucedía aquello se convertía en un manicomio. Los bigotes ralos y negros de la tía, temblaban de rabia, dándole a su moreno rostro un aspecto diabólico.

Tras la tempestad venía la calma. Los ojos enfurecidos de ambos se enviaban mensajes vengativos, mientras yo daba lectura a los episodios narrados por Enrique en su aventura.

El olor de la carne asada se nos metía por las fosas de la nariz, mientras el apetitoso manjar, se retorció en la parrilla del asador, lubricando las glándulas salivales.

La salsa de tomate con chile "piquín" del monte alegraba las tortillas recién salidas del "comal". La carne jugosa era agujijoneada y devorada por incisivos hambrientos.

"Panza llena, corazón contento". Tras la opípara cena, los comentarios de sobremesa. Enrique era el tema.

Arriba, en el cielo, las estrellas hacían guiños a la luna.

XII

Enrique sufría penalidades por el desconocimiento absoluto del idioma. No sé quién le recomendó al tío un Colegio para Administradores de Negocios en Filadelfia y hasta esas latitudes fue a parar mi hermano. Desesperadamente decía en sus cartas que el inglés "no le entraba", a lo cual agregaba como comentario el tío, "nada más falta que a este bruto se le olvide el español para que se quede mudo".

Me escribía que había cultivado amistad con un muchacho cubano compañero de estudios y al cual se pegaba como el náufrago al salvavidas, pues el caribeño ya "masticaba" algo de inglés.

Me relató también todos los incidentes del viaje hasta su llegada. Sus angustias principiaron al cruzar la frontera,

precisamente al hacer el transbordo del tren que debería llevarlo a su destino. Para su buena fortuna uno de los empleados era de ascendencia mexicana y al darse cuenta de los apuros de Enrique, en español, le explicó los movimientos que debería hacer al llegar a las siguientes ciudades; qué número de tren debería abordar, a qué horas, y en fin, procuró orientar al "pobre gallo que andaba en corrales ajenos". Antes de despedirse le colocó un tarjetón en la solapa del saco, a guisa de bulto de express, diciéndole que se lo enseñara a los subsiguientes empleados, pues allí estaban escritas en inglés las instrucciones para "dejar el paquete en su destino".

"Cuando llegué a la estación de Filadelfia, aquello me pareció un manicomio, multitudes abigarradas, gentes de todos colores hablando y parlotando. Me quedé inmóvil, asustado, dejándome llevar por aquel río de gente, sin oponer resistencia. No sabía qué hacer, ni a quién recurrir, me creía perdido en un mundo extraño. Estaba petrificado, sin ver, ni oír, exactamente a media calle de una gran avenida. Muchos y gigantescos centinelas de cemento y acero contemplaban mi tragedia. Los coches que casi no conocía, se multiplicaban saliendo de todas partes, haciendo lo imposible por no atropellarme. Vagamente recuerdo sonidos estridentes de claxons e imprecaciones violentas de sus conductores".

"Mudo de espanto me quedé cuando dos vigorosos brazos me levantaron en vilo, salvándome quizá de una muerte violenta, para depositarme en la orilla de la banqueta. Era un policía. Oía que me hablaba en tono de regaño, pero al verme convertido en un idiota, optó por llevarme a una delegación policíaca cercana. Al llegar ahí habló con unos hombres sin uniforme, los cuales me sentaron en una banca y desprendieron de mi brazo la única maleta que me quedaba, pues de los demás bultos ni supe, vaciando su contenido en un escritorio".

"Curiosearon un buen rato con mis pertenencias. Yo los veía como un autómatas, sin poder mover un dedo. El más joven de ellos se me acercó. Empezó a hablarme pausadamen-

te, con una voz serena y calmada. Sus ojos azules se posaron tranquilamente en los míos y comprendí en ese instante que aquel bondadoso hombre no me iba a hacer ningún daño, por lo contrario, quería ayudarme. Empecé a tartamudear y volviendo de mi ensimismamiento le dije que era mexicano, que iba a estudiar en el Colegio Comercial de Administradores. Se quedó, ahora él, perplejo. No conocía el idioma —"Are you mexican boy?"—, sin entender, le respondí que sí. Me preguntó algo del pasaporte y saqué de inmediato el mío de la bolsa secreta del saco. Afortunadamente allí venía un papel con el nombre de la Escuela y en seguida en un coche de la policía me llevó hasta las puertas del plantel. Me acompañó al interior del edificio y después de hablar con una persona, aguardamos la llegada de Mr. Williams, el Director. Pasé de unos ojos que irradiaban ternura, a los fríos y duros de quien iba a ser uno de mis maestros".

Después Enrique me relataba sus primeras experiencias, sus impresiones de los demás internados y la naciente amistad con aquel cubanito que le servía de intérprete y al cual recurrió inicialmente Mr. Williams para hacerse entender.

Daba compasión leer las primeras cartas de mi hermano. Pero yo sabía que poco a poco tendría que salir adelante. En las noches rezaba por él, pidiéndole a Dios que lo cuidara. Mi madre estaba inconsolable. Muchas veces la sorprendí llorando en silencio...

XIII

A veces por las tardes acompañaba al tío Pedro por los sembradíos y potreros cercanos. "Al ojo del amo engorda el caballo", solía decir sentenciosamente.

Encorvados sobre los surcos, los peones sepultaban la siembra. El tío, para no perder la costumbre, se apeaba del caballo y personalmente vaciaba en aquellas hondonadas lineales, los granos prometedores. Cosechaba maíz, frijol y tri-

go de preferencia, aunque había también algunos pequeños huertos de vegetales y verduras.

En la orilla del río en forma desordenada, bailoteaban con sus penachos esmeralda las varas verdes, amarillas y moradas de las cañas de azúcar.

Las épocas de "molienda" eran todo un acontecimiento. En estas faenas participaba toda la familia. Mis hermanos desatendían momentáneamente sus quehaceres en los campos, para ayudar en estos menesteres.

Unos engranes impulsaban dos lisos rodillos de fierro puestos en movimiento por algún animal de tiro sujeto a un largo palo, quien daba vueltas que se antojaban interminables. Así, con este procedimiento rudimentario, se extraía el jugo de la caña, que se convertía en una deliciosa bebida: el "aguamiel".

Merced al cocimiento de este líquido hasta un "punto" determinado, observado y calculado por un perito en esta materia: el tío Pedro, se obtenían los deliciosos "piloncillos" que eran vaciados en moldes de barro parecidos a un cono.

Mis hermanas gozaban en estas faenas vigilando los "peroles" de cobre, llamando a gritos al tío cuando calculaban que ya estaba en "su punto" aquella miel.

A veces se agregaban en los "peroles" corazones de nuez, siendo el "piloncillo de nuez" un dulce agradabilísimo al paladar.

Estas tareas se combinaban con las "calabazas en tacha" y los riquísimos "gajos de naranja agria" bañados por la miel de caña.

Mi madre, mis hermanas y a veces hasta la tía Virgen envueltas en llamativos "delantales", parecían hormiguitas laboriosas que se movían de un lado a otro impulsadas por una sana alegría. Ver así a los miembros de la familia era una bendición. Se olvidaban rencillas y todo mundo estaba de buen humor. "chupándose los dedos" con fruición.

La ausencia de Enrique ensombrecía aquellos días placenteros en los cuales se olvidaba todo lo malo.

Al caer el sol regresábamos en grupo a la cercana casa,

listos a devorar los cabritos que llevábamos preparados para asar. Era uno de nuestros alimentos predilectos que repetíamos con frecuencia en guisos diferentes.

Cada noche después de la cena, el tío me pedía las cartas de Enrique y se quedaba mirándolas, ansiosamente, como pretendiendo inútilmente desentrañar su contenido. Habían pasado varios meses de su partida y pronto se acercaban las fechas angustiosas de la venta del ganado. Necesitaba urgentemente que alguien lo auxiliara pues quería a toda costa prescindir de los servicios de su compadre "Bevo". Desesperado me mandaba llamar y me daba instrucciones para que yo se las transmitiera a Enrique. "Dile que aprenda pronto, que me está costando mucho el Colegio. Por lo que respecta al dinero que pide para la ropa y libros indícale que se *aguante* y que vaya a leer a las bibliotecas o como se llame".

Y dile esto y lo otro, pero siempre negándose a mandar más dinero que el absolutamente preciso y exacto de su colegiatura.

Yo comprendía, porque así me lo decía Enrique en sus misivas, que necesitaba estar más o menos bien vestido, pues le daba vergüenza andar como pordiosero siempre con la ropa ajena de su amigo el cubano.

Por más que intercedía en las pretensiones justas de Enrique, el tío movía negativamente la cabeza "terco como una mula".

Yo deseaba que "volaran los días". Lo quería porque así cesarían las penalidades de mi hermano y las aflicciones de mi madre. Pero aún faltaban por pasar acontecimientos imborrables.

XIV

Para los ocho meses de estancia en Filadelfia, Enrique había dejado de ser el joven tímido y atolondrado que delataban sus primeras cartas.

Ya conocía en parte la ciudad y se consideraba un experto en "torear" automóviles. Los domingos previo permisi-

so del Director, se marchaba con varios compañeros rumbo al puerto fluvial. Hacían excursiones en lancha por el enorme río viendo pender sobre sus cabezas el enorme y gigantesco puente colgante. En ocasiones iban a lonchar al majestuoso Fairmount Park, lugar en donde comenzó para Enrique su gran aventura.

Llegó una carta que leí parcialmente a los familiares. A pesar de que venían “muchas letras”, como lo apuntó al notar su brevedad el tío Pedro, era imposible para mí revelar lo que confidencialmente relataba mi hermano.

“Estoy enamorado. Pero terrible y locamente enamorado. Alicia es trigüña, aperlada. Largas crenchas doradas caen sobre sus hombros en catarata triunfal. Ojos azul claro, nariz pequeña y coqueta. Labios francamente sensuales e incitantes, rojos y jugosos como la granada. Su carácter alegre, abierto, despreocupado, con esa insolencia cruel de quien se sabe joven y hermosa. Cuerpo de estatua. Demasiado perfecto para su edad”.

“Cuando mis ojos de aturrido y sencillo aldeano aun inocentes y puros, tuvieron la osadía de mirarla, y ella la ocurrencia de clavar los suyos en los míos, a partir de ese instante sin haber cruzado una palabra, fui y soy suyo”.

No tenía remedio. Enrique estaba perdido. Aquel mocetón, ignorante aún de las lides del amor, iba a librar su primera batalla.

Las cartas se sucedían unas a otras haciendo sospechar al tío Pedro y a mis padres, pero principalmente a mi madre, que aquella parquedad de noticias para ellos, no era normal, a pesar de mis esfuerzos en urdir historias que fueran de interés familiar.

“Algo le pasa a Enrique”, decía mi madre dejándose llevar por ese instinto maternal que nunca se equivoca.

A veces para disimular y sin despegar mis ojos de la carta, inventaba nombres de compañeros y maestros, describía las aulas de estudio, las recámaras, los campos deportivos, procurando agrandar lo que Enrique someramente mencionaba. Mi pobre cabeza tenía que trabajar de prisa para

ocultar el verdadero motivo.

Muy pronto Enrique me iba a poner en “tales aprietos” que no tuve más alternativa: convertirme en su cómplice.

XV

“Unos señores quieren ver a Don Julito y Doña Julita”, anunció la voz gangosa de Panchita la fiel y vieja sirvienta.

Escuché un raro murmullo que partía de una de las recámaras de mis hermanas, luego unas risitas nerviosas, coincidiendo todo esto con la súbita palidez de Julia, mi hermana mayor, que a la sazón se encontraba sentada en una vieja mecedora del recibidor.

“Que pasen”, ordenó obsequiosamente el tío Pedro, levantando su vista de unas fotografías de Filadelfia que había tenido la buena ocurrencia de mandar Enrique y las cuales, aclaraba, se las habían regalado.

Traspusieron el umbral de la puerta entornada, tres figuras masculinas. Iban contra su costumbre, ataviadas con sus mejores prendas domingueras.

Julia salió precipitadamente de la estancia rumbo a las recámaras.

Cambiados los saludos de rigor e invitados a tomar asiento, merced a una fulminante mirada que me dirigió el tío Pedro, desaparecí del lugar yendo a reunirme con mis hermanas que “cuchicheaban” en las habitaciones contiguas.

Por lo que pude ver y lo mucho que pude oír, aquella sorpresiva visita iba nada menos que en “comisión” para “pedir” la mano de mi dulce hermana Julia. Aquella misteriosa y reservada muchacha nos iba a dar oficialmente el título de “cuñados” y más adelante el de “tíos”.

Faltó un “pelito” para que “se tirara la manteca” y el tío Pedro lo echara todo a perder.

Voluntarioso y celoso como si fuera el propio padre, interpeló a los visitantes molestándolos con preguntas groseras.

sobre "si el pretendiente era honrado y hombre suficiente para mantener a mi hermana". Uno de aquellos señores se atrevió a decirle: "Mire don Pedro, venimos a pedir el consentimiento de los padres y queremos en su caso, la opinión y anuencia de ellos, no la suya". Aquello dejó herido al león. Por unos instantes pensamos que no habría casamiento, pero la voz de la madre se dejó escuchar melosa y lastimeramente en defensa y por la felicidad de la hija. Ellos estaban de acuerdo en el matrimonio de Julia. No se escuchó una palabra más. El tío, ya sin otra salida y para recuperar su autoridad momentáneamente perdida, replicó, "Buenas noches caballeros, ya les mandaremos avisar la fecha que fijaremos para la boda". Todos se levantaron estrechándose las manos, excepto la tía Virgen que seguía como clavada en su sillón. Parecía una momia nostálgica pensando quizá en la partida de una hija que no pudo ser.

Aquella noche al acostarnos, las muchachas estaban inquietas comentando en voz baja el acontecimiento. Los "chistidos" del tío Pedro pusieron un manto sobre sus bocas.

Al amanecer unos pasos inquietos me despertaron. Eran los de mi madre. Llevaba en sus manos una vasija humeante envuelta en una toalla. Olguita, la más chica de mis hermanas, que me seguía en edad, estaba ardiendo en calentura.

XVI

Enrique peligrosamente se hundía cada vez más. "Ella recorrió el velo de mi inocencia. Me abrió las puertas del amor. El amor dulce y amargo. Placer y sufrimiento".

"Juntar mis labios a los de la mujer amada, sentir su propio estremecimiento, el susurro de su respiración anhelante, la tersura de sus labios en flor. El leve rozar de mi rostro en sus cabellos perfumados. El tierno mirar de sus ojos brillantes y enigmáticos. Llenar con mis brazos su cuerpo tentador y fragante; estrecharlo suavemente y luego mirar en sus ojos la invitación...".

A gritos, porque también así se escribe, Enrique demandaba más y más dinero. Tenía la urgente necesidad de proveerse para seguir alimentando aquella terrible pasión que lo consumía.

Y lo que tenía que pasar, sucedió.

Concedor de la ignorancia del tío, pero sabedor también de su malicia, se arriesgó a "jugar una carta" decisiva. Era necesario que yo me prestase al juego.

No tuve más remedio que aceptar comprendiendo el grave estado anímico de mi hermano, creyendo con esto salvarlo de cometer algún delito. Por otra parte, la idea de "sacarle" dinero al avaro de mi tío, me causaba una morbosa e íntima satisfacción.

"Tío, tío, carta de Enrique". Y de nuevo presidiendo el consejo familiar, el patriarca escuchaba.

"Dile a mi tío Pedro que ya muy pronto regresaré, además de saber hablar y escribir el inglés, he aprendido muchas cosas para ayudarlo a llevar más en orden sus negocios, haciéndole economías considerables". Al entender el hombrón que Enrique le iba a ahorrar dinero, le chispeaban los ojos alegremente haciendo guiños de aprobación.

"Dile también, por si le interesa, que acaba de llegar a Filadelfia un profesor de idiomas que enseña a hablar a los perros. Muchos de los ricos de por acá están muy entusiasmados llevándolos a inscribir".

"Ojalá que la tía Virgen quisiera desprenderse por una corta temporada de 'Cazador'. Estoy seguro, ya que le tiene tanto cariño, que le gustaría verlo hablar como nosotros y platicar con él".

El dardo dio en el talón de Aquiles. De soslayo percibí en el rostro de la tía, reflejada una de sus muy contadas sonrisas.

"En caso de que les convenga (aquí ya escribía en plural) hazles ver que la matrícula es limitada y pronto se va a cerrar, abriéndose quizá de nuevo hasta el próximo año".

Terminaba su audaz carta diciendo:

"Saludos cariñosos para todos. Muchos recuerdos y be-

sos a mamá. No se te pase felicitar a Julia en el día de su boda, sintiendo mucho no poder estar presente”.

Por breves instantes la expectación reinó en la sala. La estancia transpiraba una atmósfera de suspenso.

“Es increíble. No es posible eso que dice Enrique” tartajó trémulo el tío.

De mi propia cosecha, agregué: “Usted se imagina tío, a ‘Cazador’ hablando, le ahorraría muchas vueltas y sobre todo sería un espía ideal para vigilar a los peones en sus trabajos”.

Aquella *leña* avivó aún más el fuego del entusiasmo.

La decisión fue pronta sin darle margen a la reflexión.

“Ahorita mismo le escribes a Enrique pidiéndole más informes y preguntándole cuánto cuesta la “enseñada del perro”. Un rictus de codicia asomó en aquel semblante de duro continente. En seguida, dirigiéndose hacia mis demás hermanos, agregó: “Y ustedes mucho cuidado con decir a nadie que “Cazador” va a hablar como la gente”. “Es necesario que todos guardemos absoluta reserva”, apuntó con énfasis dramático.

Sólo Dios sabía lo que aquella mente elucubraba. La imaginación, con su corte de fantasías, había capturado una presa fácil.

Los ojillos secos y apagados de la tía Virgen, brillaron con una luz desconocida. Yo adivinaba que en esa forma singular, daba el respaldo a las palabras del tío y consecuentemente, su más amplia aprobación.

La suerte estaba echada.

XVII

En vísperas de la boda todo era algarabía en la casa.

Mis hermanas adornaban las paredes de por sí elegantes del corredor, según mi parecer, con listas kilométricas de colores azul y blanco, ya que esta combinación era la divisa de “Las hijas de María”.

Unos trabajadores “especialistas” cubrían el rojizo piso de cemento con metros interminables de manta blanca.

Cada arco de aquel majestuoso corredor ostentaba también gigantescos “moños” de tela azul y blanca, en serie alternada, sujetando cada uno de ellos gladiolas amarillas, rojas, lilas y anaranjadas.

Tiestos de flores en una variedad infinita, formaban valla a todo lo largo, cual firmes soldados abigarrados. Sillas de madera en numeración progresiva, esperaban inmutables a todos los invitados.

Contrastando con la alegría de las risas y el ajeteo, una de las recámaras permanecía cerrada. En su interior, dos personas mirándose en silencio presintiendo lo inevitable, sufrían: Olguita, que continuaba enferma y cada día peor y mi santa madre, mártir abnegada. Aquel cuadro era doloroso. Mi hermanita seguía postrada y con altas temperaturas. El médico traído especialmente hablaba de fiebre reumática complicada con otras afecciones difíciles de explicar. Se concretó a recetar algunos medicamentos que personalmente fui a traer a la ciudad en viaje especial, deteniéndome por breves minutos en la casa de mis tías, portando saludos de mis gentes y con el encargo de recordarles no faltaran a la fiesta de bodas de Julia.

Los trinos de los canarios y los zenzontles, en escalas armoniosas, anunciaron la llegada del gran día.

Comenzaron las carreras y las precipitaciones: que el vestido de la novia, que la corona de azahares y todas esas pequeñas y grandes cosas que suceden en los momentos previos de todos los matrimonios del mundo.

La “nota negra” estuvo al borde de causarla el tío Pedro. Terco y obcecado, se empeñaba a entrar en el templo del brazo de Julia para entregarla a su prometido, tarea que la costumbre ha impuesto al padre. De nueva cuenta la tía Virgen evitó el escándalo, frustrando las intenciones de aquel padre “postizo”.

La ceremonia con música sacra de fondo, estuvo lucidísima. No había ni una sola alma en la única nave de la vieja Iglesia. Tal parecía que todo el pueblo se había dado